LOLA FLAWLESS

HIJOS DEL EXILIO

LITERUP EDICIONES

© *Hijos del exilio*, Lola Flawless, 2019.

© de la portada, Libertad Delgado, 2019.
© de la maquetación, Jose Molina & Meritxell Terrón, 2019.
Lectores beta: Rep A. L., Cristina Alfaraz, Celia Añó, Ángeles Martín, Cristina Ogando, Mª Pilar Vicente y Alba M. Vila.

Primera edición: septiembre de 2019

© Literup Ediciones
www.literup.com

Depósito legal: V-2839-2019
ISBN: 978-84-121870-7-6
Printed in Spain. Impreso en España.
Podiprint. Antequera - Málaga.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

(ATENCIÓN: PUEDE CONTENER DATOS RELEVANTES DE LA TRAMA)

Muerte animal; embarazo; enfermedad mental; guerra, genocidio o bombardeos; hospitalización; muerte o asesinato; tiroteos.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible, visita https://www.literup.com/contenido-sensible o escribe a contacto@literup.com

A Chloe, Eva y Sofía.
Siempre escribo para hacer
un mundo mejor para vosotras.

A Andrés, Sai, Rubén y Victoria,
porque no habría despegado sin vuestra ayuda.

A Meri y Jose, por darme la oportunidad.

Y a Arantxa. Eres la mitad de este viaje.

«Nadie deja su hogar a no ser
que su hogar sea la boca de un tiburón»,
Home, Warsan Shire.

Prólogo

El 22 de agosto del año 2945, sale del puerto de Berut, ciudad capital de Tendall, La Vittoria: una nave remolcadora de quinto nivel que lleva a bordo a 10 000 pasajeros. Pero este no es un viaje de placer. Se embarcan en un estado de sueño subcero hasta llegar al planeta humanizado más cercano, Rint, en una travesía que durará 7 años.

Huyen de la guerra desatada por el grupo rebelde Senetaĝo contra el represivo gobierno tendalliano.

Un equipo de voluntarios entre el pasaje se ofrece como tripulación improvisada de la vieja nave. Debido a la escasez de oxígeno y de alimentos para mantenerlos durante el viaje, solo dos permanecerán despiertos con el fin de salvaguardar las vidas de los demás y cuidar de La Vittoria: un especialista biosanitario y una ingeniera mecánica.

Esta es su historia.

Capítulo 1

Cuaderno de bitácora, 24 de agosto de 2945, 2 días desde el despegue. La nave ha abandonado ya la órbita de Tendall y se dirige fuera del sistema estelar TDL-462928. No ha habido incidencias.

Estoy seguro de que me odia. Preeya me odia. Llevamos dos días en esta nave y aún no me ha dirigido ni más de diez palabras. En la instrucción (si es que esa semana y media llega a tal categoría) no es que ella fuese muy sociable, pero no mostraba tantísima frialdad. Creía que al menos podría charlar con alguien. Nos espera un viaje de siete años juntos. ¡Siete años! Esta mañana preparaba café cuando llegó, se sirvió y no dijo ni media. Se fue y no ha vuelto a las zonas comunes hasta la cena.

Si este es el trato que voy a recibir durante el resto del trayecto, supongo que me haré amigo de la lenta y anticuada IA de la nave antes que de Preeya.

Hoy, igual que ayer, he intentado cumplir mis tareas. Aún noto cierta torpeza al abrir el control. Me siento delante de una gran mesa de cristal líquido, donde están monitorizados los pasajeros. Vigilo que no haya ningún dato fuera de lo normal tras una primera criba informática. Es inviable revisar uno por uno a los 10 000 pasajeros. Solo estoy para reajustar sus constantes y asegurar que están bien nutridos y oxigenados.

Por ahora, todo marcha como la seda. Aunque apenas he pegado ojo. Quizás tarde en volver a dormir con normalidad tras lo que he visto, después de dejar mi vida atrás.

Aprovecho que las zonas comunes tienen visores exteriores y admiro la panorámica de Tendall. Sus colores rojizos y ocres me agarran el corazón y lo retuercen contra mis costillas. Puede que nunca vuelva a mi tierra, que jamás camine por la arena dorada y cálida de Abdem, mi ciudad. Tal vez ya ni siquiera exista.

No quiero dejarme hundir por esas ideas. No ahora. No tan pronto. Si sigo sin dormir un par de noches más, cogeré somníferos de la enfermería. Total, soy el jefe.

Soy el jodido jefe de la mitad de la nave. Qué más da.

He recurrido a la vieja y efectiva táctica de ocupar mi mente con labores sencillas. Después de admirar

las vistas, he cogido los distintos manuales sobre los motores, así como los de la maquinaria del sueño subcero que hemos usado. Se supone que yo sé sobre este tema, pero los aparatos cambian según el fabricante, y prefiero controlarlo al máximo. De ello dependen muchísimas vidas.

No son la lectura más agradable del mundo, pero allí sentado, con mi pantalla holográfica y los manuales, es más fácil olvidar un poco la cruda y asquerosa realidad.

La verdad es que me gustaría hablar con Preeya sobre esto, aunque me evita. Ella mejor que nadie debe de entender cómo me siento. Cómo nos sentimos.

Pero estoy decidido a no decaer. No todavía.

Me obligo a mí misma a salir de mi habitación. A inspeccionar las tripas de La Vittoria. A comprobar comunicaciones. A vigilar el rumbo. Me empujo a mí misma a ponerme en pie y enfrentarme a esta carraca de quinto nivel que debería estar en un desguace.

Una puta semana y media de instrucción.

Un adiestramiento básico dura seis meses.

Tampoco es que tuviéramos más tiempo, no con Senetaĝo destrozando Berut. Por eso nos hemos saltado todas las normas, escritas o no: viajar sin capitán despierto, sin tripulación completa, por rutas ilegales o anticuadas. Todo para que no nos pillen.

Cuando terminan las veinticuatro horas que tiene un día, cuando acabo toda esta nueva rutina, todo este aprendizaje improvisado, me encierro.

Me encierro en mi habitación, llorando en la cama. Quiero ser fuerte por ella, quiero ser valiente como ella era.

Pero no puedo.

Conseguí salvar un holograma de nosotras dos. Un día que fuimos a las playas rojas de Tel-Siam. Ella está preciosa, sonriendo. Yo aparezco por detrás y la alzo, mientras chilla y ríe. Me besa.

Cuando llega esa parte, paso las yemas de los dedos por mis labios para intentar no olvidar cómo era besarla.

Me abrazo a mis rodillas, en el suelo de mi habitación, y me deshago. Me deshago en lágrimas, en mocos, en maldiciones, en dolor, en recuerdos, en hologramas, en besos, en caricias.

Ella ya no está. Ella ya no ríe ni chilla cuando la alzo. Ya no me besa.

Está tan muerta como otros tantos millones a manos de Senetaĝo. Del gobierno. De los dos. Da igual.

Tengo siete años de duelo por ella.

Capítulo 2

Cuaderno de bitácora, 13 de marzo de 2946, 201 días desde el despegue. Hemos dejado atrás los últimos exoplanetas del sistema estelar de Tendall, por lo que ya no estamos sometidos a sus campos gravitacionales. La nave avanza a mayor velocidad ahora y con un gasto menor de combustible. Esta ruta carece de radiobalizas al estar en desuso, así que no tenemos comunicación exterior. No ha habido incidencias.

Abro la pantalla del control. He aprendido a dividir por secciones al pasaje para revisar mejor y de forma más eficiente cualquier alerta. Hay una luz parpadeante en el segundo sector. Un cuadro de texto me avisa de que AD-8274 tiene un aumento de glucosa en sangre. Abro su ficha y compruebo sus constantes. Efectivamente, su glucemia ha tenido ciertas irregularidades. También hay una elevación de enzimas pancreáticas. Administro insulina y re-

bajo cualquier aporte lipídico. Tal vez sea un problema funcional, pues el sueño subcero es muy dañino para los órganos internos. Es una solución ideal en los saltos cuánticos de las naves de decimoctavo rango, pero La Vittoria se construyó cuando las teorías sobre saltos cuánticos eran solo eso, teorías. Paso la monitorización de AD-8274 a mi brazalete con el objetivo de estar más pendiente de su evolución esté donde esté.

Doy un sorbo de café y me froto los ojos. Mi pulsera, una ligera circunferencia de cristal líquido negro que me sirve como llave y autorización, se ilumina al recibir la ficha del pasajero.

Sigo con la revisión de las secciones. Pongo especial interés en aquellos que se catalogaron como «Frágiles» antes de embarcar: personas que tenían alguna patología o niños muy pequeños. No hay más indicadores ni nada que llame mi atención.

Apuro el café y me desperezo.

He mecanizado este trabajo, después de meses de volcarme con él. No me siento especialmente orgulloso de ello, porque significa que podría cometer errores si no estoy atento, pero ahora tengo más tiempo libre, que uso para recorrer las zonas habitables de la nave, cultivar en el jardín y estudiar.

No pensaba que sería tan beneficioso dedicarme a materias que se me resistían durante mis años universitarios. Psicobiología Aplicada y Matemáti-

cas Avanzadas ocupan buena parte de mis horas libres. Eso permite a mi cerebro tener un objetivo y no obsesionarse con la angustiosa soledad que conlleva el viaje.

Preeya sigue impenetrable, aunque intenta comunicarse algo más, mediante respuestas cortas susurradas a mis comentarios sobre la cena. Quizás ella también esté afectada. Creo que está tan asustada como yo. Y se escuda en su mutismo para protegerse.

Me gustaría hablar más con ella y servirle de apoyo, porque yo también lo necesito. Y solo está Preeya.

Me esfuerzo por ser amable con Jer-Ihsan. Estaba tan cegada por mi dolor que no me había fijado en él. Ahora la marea de sufrimiento está despejándose, poco a poco, muy poco a poco. Pero siento que, si elevo la voz más de lo preciso, empezaré a llorar y gritar por ella.

Intento responder a todos sus cuidados de una forma recíproca. Es muy atento. Prepara la mayoría de las comidas y me da siempre los buenos días. Se le ve entregado a la causa de conseguir que hable y me abra.

Hay una parte de mí que encuentra irritante su actitud. Una parte de mí que repudia ese optimismo que parece desprender siempre. Envidia. O simple ira. O un rechazo visceral a que haya sonrisas ahora que ella no puede sonreír.

No lo sé.

Mi labor en la nave ocupa la mayoría de las horas y me permite concentrarme en trabajar con las manos. Reparo los desperfectos que encuentro y restablezco las rutas y las coordenadas. No es difícil. La Vittoria se deja hacer, mansa y servil. Para ser un trasto tan viejo, cumple con eficiencia su función.

—Con una nave de decimoquinto rango y yendo por una ruta autorizada, ya habríamos llegado a Rint —comento durante la cena, más para mí misma que para Jer-Ihsan, mientras remuevo con la cuchara la sopa de *miso.*

Él no responde. Alzo la mirada y me encuentro su rostro afable en una mueca de concentración, con los ojos fijos en su brazalete. Se oye un pitido.

—Tengo que irme —exclama, y se marcha corriendo.

¿Debo salir tras él? ¿Necesita mi ayuda?

Me pongo en pie y le sigo. Ha ido a la enfermería. Me sobrecoge su gesto, de espaldas a mí, con sus hombros rígidos y sus puños apretados contra la mesa de mando.

—Vittoria —reclama con la voz tensa.

—Buenas noches, doctor Harper —contesta la IA de la nave.

—Prepara microinjertos de páncreas, código genético AD-8274. Aclimata el quirófano de subcero autónomo y nanorrobots cirujanos. Voy a bajar a por el pasajero.

—Sí, doctor Harper.

—¿Puedo ayudarte? —ofrezco, casi sin pensar y con labios temblorosos.

Me asusto de oír mi propia voz a ese volumen. Jer-Ihsan se gira, sobresaltado. Me observa confundido, como si yo no debiera estar allí, como si fuese una letra extra en la ecuación. Me siento diminuta bajo esa mirada.

—Sí, eh… Vigila a Vittoria, yo voy a bajar.

—¿Bajar?

—Sí, a la bodega de sueño —responde con sequedad—. Tengo que traer aquí a ese pasajero.

—¡Pero es una locura que bajes solo!

Aunque él ya está poniéndose el traje de maniobras, que le permite moverse con libertad y conservar su temperatura.

—Es parte del protocolo: no podemos ponernos los dos a la vez en peligro.

—¡Pero…!

—Malone, vigila que se prepare el quirófano. —Cierra en mis narices la escotilla, la cual separa el corredor donde estoy de las escaleras que dan al sector inferior.

Me quedo allí, como una gilipollas.

—Vittoria —murmuro.

—Buenas noches, tripulante Malone.

—¿Estás preparando lo que ha pedido el doctor Harper?

—Sí, tripulante Malone. La impresora tendrá listos los microimplantes en breves y ya se ha habilitado el material operatorio.

—Está bien —acepto, como si la IA fuese una pupila a mi cargo y necesitase mi aprobación.

Arrastro los pies de vuelta a la enfermería, donde ya está listo el quirófano de subcero autónomo. Consiste en un lecho sobre el que descansa el paciente, cubierto por unas paredes transparentes y lisas. Parece un sarcófago. En él, no cambia la temperatura ni se despierta al pasajero, por lo que sus funciones vitales no se ven afectadas mientras sigue sumergido en un líquido similar al de las cámaras que hay en la bodega.

¿Qué puedo hacer? Solo quiero volver a mi habitación y encerrarme en ella y en mí misma, no salir, no hablar, no caminar fuera de esas paredes.

El tiempo se escurre con una tranquilidad atroz, alargado hasta la náusea. El pitido que indica que ya están los microimplantes suena en algún punto indeterminado.

No lo soporto más. No puedo esperar más. Voy de la escotilla a la enfermería, en círculos.

Entonces, irrumpe. De la escafandra caen diminutos copos de hielo, brillantes. Dirige con sumo cuidado el elevador paramagnético, que levita a un metro del suelo y porta una cámara similar a la que espera dentro.

Me aparto.

Jer-Ihsan lleva al pasajero al quirófano. Coloca el dispositivo en el extremo, y el mecanismo interno pone automáticamente al paciente en la posición adecuada. Se quita la escafandra y el traje.

—Vittoria, necesito ya asistencia operatoria.

—Sí, doctor Harper.

Dos brazos robóticos caen del techo. Una bandeja se despliega de la pared.

—¿Están listos los microinjertos?

—Sí, doctor Harper. Están en la impresora.

—Preeya —me sorprendo al oír mi nombre de pila—, tráelos.

El afable Jer-Ihsan es ahora el serio y cortante doctor Harper. Le obedezco. Cojo la placa donde han sido montados unos retazos de tejido amarillento y se los llevo con cuidado.

Trabaja con movimientos firmes y milimetrados a través de los brazos robóticos que están dentro del quirófano. Le doy los microimplantes y los introduce.

—Vittoria, necesito un electro y un registro de las funciones cerebrales superiores. Que siga en coma durante todo el proceso.

—Sí, doctor Harper.

Allí de pie, observando su labor mientras soy inútil, siento como un puñetazo en la boca del estómago. Salgo y voy a la cocina. Preparo café.

Sí, mientras él le salva la vida a alguien, yo gasto nuestras escasas reservas de cafeína.

Lleno una taza y regreso.

—Vittoria, ¿hay vasos suficientes para mantener la irrigación?

—Sí, doctor Harper. Los nanorrobots me avisan de un 73 % de éxito.

—Fantástico. Enciende los monitores y pasa el escáner cuando lo tengas. Y la gasometría. —Cierra los ojos con firmeza, como si buscase las respuestas en su cerebro—. Ah, y un análisis bioquímico.

—Sí, doctor Harper.

Me acerco a él. Ya se ha retirado del trabajo en la cámara y ahora pasea su vista por diversas pantallas holográficas mientras murmura para sí mismo.

—Toma.

Coge la taza, con cierto brillo de asombro en los ojos.

—Gracias. —Da un sorbo.

La enorme mesa de control se ilumina con el escáner del pasajero. Se asoma. Se rasca la barba espesa y negra, pensativo. Amplía zonas, cambia los colores, bebe café. Es metódico, es bueno, pero sabe que algo se le está escapando.

—El análisis está listo, doctor Harper.

Acto seguido, aparece en una de las mesas, con un parpadeo azulado. Lo comprueba.

—El potasio… El potasio está descontrolado. Vittoria, analiza el flujo de las arterias renales y del resto de ramas de la aorta.

—Sí, doctor Harper.

Se suceden sus idas y venidas. Va a la mesa, va a la cámara, regresa, habla con la IA, repite lo anterior. Empiezan a solaparse los problemas. Ya no es solo el páncreas. Están fallando más órganos.

Hay un punto, tal vez cerca de la madrugada, en el que tengo que salir. Tengo que alejarme de allí. Soy un trasto inservible en esa carrera contrarreloj. Jer-Ihsan está intentando medidas drásticas, pero AD-8274 tiene ya demasiado daño.

Voy a mi habitación. Cojo una manta y me envuelvo con ella. Mis articulaciones están entumecidas.

No puedo dormir. No mientras él sigue ahí. Voy a la cocina. Preparo más café. Para cuando llego, está sentado en la silla. Sombrío, no me mira. Los monitores están apagados. Pongo con torpeza mi mano en su hombro.

Es de Abdem. Lo sé por la instrucción. Eso está en el interior, rodeado de desiertos. Son personas con un profundo respeto por la vida. Por eso está allí la mayor universidad de enseñanzas biosanitarias de Tendall.

Dejo la taza en la mesa.

—Jer-Ihsan… —susurro.

—Tuve que hacerlo esta mañana. Fui imbécil. Y ahora ha muerto.

Trago saliva.

—No lo sabías.

—Pero debí saberlo, Malone. —Mi apellido restalla en mis oídos con crudeza.

—El sueño subcero conlleva muchos riesgos, lo sabían al embarcar.

No contesta. Su vista está detenida en el quirófano. Una punzada me atraviesa al pensar en cómo he esquivado su amabilidad, en cómo le he evitado. Ahora, no está.

Me deshago de la manta y se la coloco con cuidado sobre sus hombros.

—Buenas noches, doctor Harper.

—Buenas noches, Malone.

Paso el brazalete por el sensor de la puerta de mi camarote, me encierro y me desplomo en la cama.